



OBISPO DE CARTAGENA

## ORDENACIÓN SACERDOTAL

Emmanuele Ioti

Parroquia San Andrés de Murcia

29 de junio del 2024

Queridos vicarios;

rector del Seminario Mayor San Fulgencio y formadores; rector del Seminario Redemptoris Mater y formadores;

queridos sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas mayores y los del Seminario Menor San José;

párroco de San Andrés.

Querido Emmanuele, un abrazo para toda tu familia, en recuerdo especial a tu comunidad neocatecumenal.

Un especial saludo a todos vosotros: amigos, invitados, aquí presentes.

Queridos hermanos y hermanas.

Me vais a permitir comenzar con una pregunta, que hoy tiene menos fuerza que en otros tiempos no muy lejanos, pero que estuvo rondando en algunos ambientes y que hoy no es extraño que surja de nuevo, por la situación social que estamos viviendo. La pregunta es esta: En un mundo secularizado, ¿sacerdotes para qué? En el fondo, se trata de la pregunta por la propia identidad. Muchas veces el Santo Padre, el Papa Francisco, va respondiendo a esta cuestión de una manera directa o de forma velada, poniendo los acentos en la importancia de ser sacerdote hoy y su sentido, cuando nos pide no caer en rutinas. Todos sabéis que en las redes sociales se soporta poco la palabrería y la gente corta casi al minuto de una audición... Pues imaginaos lo que supondría si hoy los sacerdotes diéramos la pobre imagen de empleados fatigados, que simplifican los gestos, engullen las palabras, engolan la voz sin naturalidad o van repitiendo fórmulas sin sentido y con prisa, como si el cansancio te hubiera podido definitivamente... ¿Cómo se puede entender a uno que ha convertido lo sagrado en la triste tarea de un empleado fatigado o en un rito vacío atropellado?

El sacerdote pertenece al ámbito de lo sagrado, es y debe ser un hombre de Dios. Así lo subraya el Concilio Vaticano II: «El mismo Señor constituyó ministros a algunos (de los cristianos) que, ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del Orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo»<sup>1</sup>. El sacerdote es un hombre poseído y envuelto de una forma particular por el misterio de Cristo y de la Iglesia, insertado en este misterio como el sarmiento en la vid.

---

<sup>1</sup> CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, n. 2.

Emmanuele, Dios se ha fijado en ti, ha salido a tu encuentro y lo que te pide hoy está encerrado en la pregunta que se te hace especialmente en esta ordenación: ¿quieres ejercer el ministerio sacerdotal durante toda tu vida en el grado de presbítero, como fiel cooperador del orden de los obispos al servicio del pueblo de Dios, bajo la guía del Espíritu Santo? Estas tres cosas que se señalan son muy importantes, pero destaco la dimensión del servicio, sacerdote para servir, conforme a Jesús, que «no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida» (cf. Mc 10, 45). Uno se hace a la idea de que cada mañana tiene que «rezar pidiendo saber servir: “Señor, hoy ayúdame a servir”; y cada noche, agradeciendo y haciendo el examen de conciencia, decir: “Señor, perdóname cuando he pensado más en mí que en ponerme al servicio de los demás”. Pero servir, queridos amigos, es un verbo que rechaza toda abstracción: servir quiere decir estar disponibles, renunciar a vivir según la propia agenda, estar preparados para las sorpresas de Dios que se manifiestan a través de las personas, los imprevistos, los cambios de programa, las situaciones que no entran en nuestros esquemas y en la “justeza” de lo que se ha estudiado. La vida pastoral no es un manual, sino una ofrenda diaria; no es un trabajo preparado en la mesa, sino “una aventura eucarística”. Es repetir con la vida, en primera persona: “Este es mi cuerpo, entregado por vosotros”. Es una actitud constante, hecha de acogida, compasión, ternura, un estilo que habla con los hechos más que con las palabras, expresando el lenguaje de la cercanía. Es no querer a las personas para segundas intenciones, aunque fueran las mejores, sino reconociendo en ellas los dones únicos y maravillosos que el Señor nos ha dado para servirles, con alegría, con humildad. Es la alegría de acompañar los pasos tomados de la mano, con paciencia y discernimiento. Y es bajo esta luz que, con la gracia de Dios, se supera el peligro de incubarse dentro de sí un poco de amargura y de insatisfacción por las cosas que no salen como quisiéramos, cuando la gente no responde a nuestras expectativas y no se adecua a nuestras expectativas» (Papa Francisco a un grupo de diáconos).

Tu corazón tiene que vibrar al ritmo de la Palabra de Dios, al ritmo de la espiritualidad cristiana, tu corazón debe ir al ritmo del corazón de Jesús, del Buen Pastor, que nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin fin; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (Jn 13,1), sin imponerse nunca. El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros. La pregunta que tú debes hacerte todos los días es esta: ¿A dónde se orienta mi corazón?, porque —dice Jesús— «donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6, 21). Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. También el corazón de pastor de Cristo conoce solo dos direcciones: el Señor y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo, sino que está dirigido a Dios y a los hermanos.

Así debe ser también tu corazón de sacerdote: está ungido para el pueblo, no para elegir tus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, te ha confiado. Nadie debe estar excluido de tu corazón, de tu oración y de tu sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre acoge, sirve, acompaña y, cuando debas corregir, que sea siempre para acercar; no desprecies nunca a nadie, sino, más bien debes estar dispuesto a ensuciarte las manos por todos. Como ministro de la Comunión, no busques los saludos y las felicitaciones de los hermanos, sino que tú siempre debes ser el primero en ofrecer la mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con

paciencia los problemas y acompaña los pasos de la gente, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regañes a quien abandona o se equivoca de camino, sino mantente bien dispuesto para acoger, perdonar, reconciliar y acompañar... Que la puerta de la Iglesia siempre esté abierta.

La Palabra nos urge a seguir al Buen Pastor, aunque sabemos que es exigente; pero se trata de una misión apasionante, se trata de ayudar a las personas a descubrir la verdadera estrella que nos muestra el camino: Jesucristo. Tu preocupación debe ser buscar la oveja perdida (cf. Mt 18, 12). Que esta actitud apostólica oriente tu vida con una caridad manifiestamente sobrenatural, sensible y premurosa, porque «la caridad de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14) y ningún otro estímulo la puede sustituir y superar. Con esto bastaría para responder a la pregunta del principio. Por ahora, tu único consuelo será cuando oigas esa voz del Señor y te diga: «Ven conmigo, a un lugar aparte, para descansar un poco».

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena